



Este pueblo ha cambiado de conducta y de aire aunque a mi lado alguien, mientras toca la Banda Municipal me hable del solano y del ábrego: Este viene del Cerro de Lobero y aquel desde la Cañamona nos sopla todavía un perfume de yesca, de pedrizas y vino o de lebrillo junto para officiar el rito de la memoria. Cruzan indiferentes, puros, igual que una manada de desnudos corceles humanos un instante, alucinantemente hermosos con su cuerpo de salvaje inocencia de otro lugar, son hijos que no pude tener. Contemplo ahora despacio a sus madres, a estos parientes míos, Angel, Salustiano, Manuel, Paco, Julián y todos los que conmigo fueron a las Canteras, Quito, a Nieva o a la Hidalga.

Se ha desplomado encima de sus ojos el tiempo. Llevan en sus espaldas muchas viñas, caminos llovidos, y granizo temblándole en las manos, o una parsimonia maciza va plegándoles en las mientes ahora mientras toca la Banda "El Limiñana". Estoy, sí, en un campo de nadie, solo, solo, muy solo, sin equipaje y una marea entre los párpados cuando suena la música, y cruzan cuerpos jóvenes su esplendor más ilímite. Descubro en esta tarde la verdad de mí mismo.

Valentín ARTEAGA